

(APARECE LOS VIERNES)

AÑO I
10 DE OCTUBRE DE 1941
N.º 26

El Colegial

M. R.

PRECIO
\$1.50



JUAN SEBASTIAN
EL CANO



EL JILGUERO (*Chrysomitris barbata*)

CLASE AVES

Es el asiduo visitante de los campos donde es muy apreciado por su canto donde se reúne en grandes bandadas, en el invierno es la época que visita los llanos, en el verano pasa en la cordillera. En el invierno es cuando baja y se hace muy simpático por su canto, baja con el fin de encontrar un refugio de los fríos, parece que alegran nuestros campos por la hermosura de su talla y canto a la vez. Entonces es cuando se le hace objeto de una encarnizada cacería, se le caza vivo con trampa y también con municiones. Los ejemplares vivos se les vende como ave cantora. También son muy estimadas por su carne. El Jilguero en cautividad se le cruza con canarios y dan un buen resultado.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

ASO I

Director Propietario: E. CARO

Of. 10 de Julio 1140.

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual' . . . \$ 50.—
Semestral' . . 25.—

N.º 26

El COLEGIAL

MI CHARLA DE HOY

Hoy os diré algunas palabras respecto de Cristóbal Colón, puesto que estamos próximos a la fecha del 12 de Octubre. Colón no es solamente la gloria de su siglo, ni la gloria de la Italia, su patria, ni de España a quien sirvió; es gloria de la humanidad, porque su ejemplo será siempre estímulo poderosísimo para los grandes hombres en el caso de adversidad, y porque las consecuencias de su descubrimiento ha enriquecido en mil conceptos a la humanidad, cuadruplicando sus fuerzas y recursos.

La civilización cristiana ha duplicado su imperio, las ciencias geográficas y astronómicas, la historia natural, la química, la medicina, la navegación, la agricultura, la industria, todas las artes y el comercio produciendo una gran riqueza universal, tomaron un vuelo desconocido en los siglos anteriores. El Descubrimiento de América abrió el derrotero a los innumerables e intrépidos navegantes que, siguiendo el ejemplo de Colón, acabaron de explorar y conocer el planeta en que vivimos.

Así, pues, la gloria de todos los demás navegantes es sólo un reflejo de la gloria inmortal del incomparable Cristóbal Colón que encontró en los reyes de Castilla y de León el pedestal seguro de su grandeza. ¡Hasta el Viernes!

El COLEGIAL

492



La Isla de los Cruzados



RECUERDEN: Zboyan agente secreto, trata de eliminar al piloto Barnes por haber sido contratado por el emperador de Jogam para adiestrar a sus aviadores. Sandy el más joven de los pilotos de Barnes, vuela en un biplano que a cambio de un sello de Correo le ofrece Mr. Elliot, el que va a caer al mar incendiándose y librando Sandy por un milagro. Luego Elliot desea que le venda el otro sello que ha recibido de la India y el insistir tanto Barnes piensa que algo raro le sucede. Después de una reunión deciden partir por orden de Rarah II a las cinco de la mañana. Sandy no se presenta al aeropuerto y ya a punto de partir Bill recibe urgente llamado telefónico comunicándose con Sandy y el que el muchacho le avisa que le retienen prisionero por conseguir el otro sello de la India. Bill sigue a rescatarlo.

CAPITULO VII

Un individuo que sostenía el auricular en un rincón de la estancia, le hizo seña para que se acercara en cuanto asomó a la puerta, Bill puso el receptor junto a su oído y casi se cayó al oír la voz de Sandy Sanders.

—Soy Sandy, Bill, dijo la voz en tanto que el aviador trataba de se-

renar la suya propia. A juzgar por el tono del muchacho creía adivinar que le ocurría algo desagradable.

—¿Dónde estás?

—Todavía en el hotel. He de hablar de prisa, porque volverán inmediatamente. Ellos, es decir, Elliot, que quería comprarme el sello de correo, se apoderó de mí cuando salía del cuarto. Me han metido en el suyo y han abierto la llave de la calefacción. Estoy en un apuro, Bill, ¿me oye?

—¡Adelante, muchacho! contéstalo el aviador.

—Quieren el sello de correo. Yo les dije que no lo tenía y, además, no quise indicarles donde está. El muchacho dió un gemido y Bill profirió una maldición. Han traído aquí todos mis efectos, que han destrozado. Luego registraron mi cuarto. Antes, sin embargo, mandaron un muchacho al automóvil, cuando se disponía a partir, para advertir que yo seguiría en otro vehículo.

—Ya me lo dijo. Habla de prisa. Y, ¿qué van a hacer ahora?

—Querían llevarme a un lugar que no pude oír. Apenas conseguí entender lo que se decían. Hay otro

aeropuerto en el lado opuesto de Port Said y, en él, Elliot tiene otro avión. Se figuran que he escondido el sello y se proponen llevarme consigo sin olvidar todos mis efectos. Se dirigirán al Norte cruzando el Mediterráneo y tenga cuidado. Elliot dice que si alguna vez le ataca usted en su patria no le costará nada hacerle encarcelar. Sígalas hasta que se haya perdido de vista la tierra en el caso de que se disponga a rescatarme. Se han apoderado por completo de mí, Bill. Ya vienen.

—¡Sandy, Sandy! gritó Bill al oír el ruido del receptor que el muchacho colgaba.

Bill empezó a maldecir en voz baja y, volviéndose echó a andar hacia Shorty. A los pocos pasos andaban uno al lado del otro y Bill examinó ansioso el cielo.

—No te excites, dijo a Shorty cuando volvían hacia el transporte. Elliot, se ha apoderado de Sandy. Se figura que el muchacho tiene todavía en su poder el sello de correo de la India. Y ahora tiene la intención de ir a otro aeropuerto, dentro de pocos minutos y se llevarán a Sandy. ¿Está caliente el motor del Tempestad?

—Sí, contestó Shorty.

—Pues yo me encargo de él. Subiré a mil quinientos metros en cuanto vea la dirección que toman. Y cuando yo esté lejos sígueme en el otro caza. ¿Entendido?

—Te seguiré de cerca, dijo Shorty.

Bill subió a la pequeña cabina del caza esmaltado de rojo y dijo:

—No te alejes del radiófono hasta que te haya llamado.

Soltó los frenos y las dos hélices de tres aspas, empezaron a girar

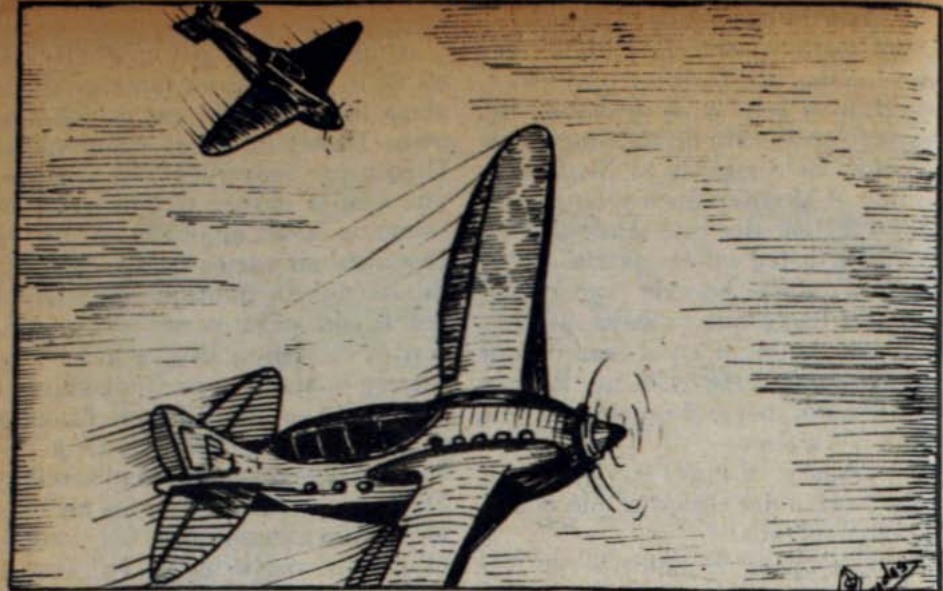
rápidamente para convertirse en plateados discos que brillaban al sol de la mañana, en tanto que Bill abría las llaves del gas de los motores Diesel de gran compresión. Hizo girar suavemente el aparato, que echó a correr por la pista de cemento. Y en el punto en que se encontraban varios de aquellos caminos, dió un puntapié a la barra del timón para poner el aparato contra el viento. Rugieron los motores y la aletas se inclinaron hacia el suelo. Los dos mil cuatrocientos caballos que impulsaban al caza, lo elevaron del suelo a velocidad terrible. De nuevo se levantaron las aletas y el tren de aterrizaje se plegó sobre el vientre del aparato en cuanto Bill inclinaba la proa hacia el cielo.

A dos mil metros de altura recorrió el vuelo horizontal y empezó a describir círculos sobre la ciudad de Port Said. Centelleaban los ojos del piloto, mientras se inclinaba para observar las indicaciones de sus aparatos de gobierno.

Aun entonces no podía convenirse. ¿Por qué Elliot deseaba tanto aquel sello de correo? ¿Qué valor tendría cuando le impulsaba casi al asesinato? Meneó la cabeza y luego dirigió una mano hacia el conmutador de la radio en el momento en que vió un sólido biplano que se elevaba en el aire desde un campo de aviación que acababa de divisar.

Media docena de veces llamó a Shorty hasta que, por fin, recibió respuesta de éste.

—Les veo debajo de mí, dijo Bill, están a punto de tomar el rumbo. Yo voy a subir más. Espera que te llame otra vez antes de tomar el rumbo, de repente su voz aumentó en volumen. Oye, ¿has visto a San-



Bill incliné el poste de mando hacia atrás y ascendió...

dy desde que dejamos el hotel?

Cuando Barnes le pregunta a Shorty si ha visto a Sandy, éste contesta:

—No le he divisado desde anoche.

—Bien, exclamó Bill. Me habría dicho si tal vez alguien me hubiese preparado alguna trampa para obligarme a que me elevara. De todos modos estoy seguro de que aquella voz era la de Sandy, aunque hablaba en voz baja y por eso no puedo estar muy seguro. Ahora corto, ellos acaban de despegar.

Bill hizo subir al caza en espirales cortas. Abrió y cerró las manos sobre el poste de mando.

Esperaba el momento apropiado para el ataque y ver lo que podía ofrecer Elliot. Decidió que, en caso de serle posible, le obligaría a aterrizar. Con toda seguridad su aparato no estaría armado. Un par de andanadas sobre su proa le obligaría a ser razonable.

Bill redujo la velocidad de su

aparato y se mantuvo a cosa de mil trescientos metros por encima del rápido biplano. Cerró los mandos e hizo girar el conmutador de la radio en cuanto las aguas verdiazules del Mediterráneo fueron visibles para él y la ciudad de Port-Said se hubo convertido en un puntito en la línea de la costa.

—¿Puedes verme aún? preguntó Bill a Shorty.

—Con dificultad. ¿Quiéres que me eleve?

—Sí, contestó Bill, y diles a los demás que no se muevan hasta recibir noticias mías.

—Dentro de pocos minutos me habré reunido contigo. Corto, dijo Shorty.

Bill empezó a describir círculos sobre el biplano, el que seguía en línea recta hacia adelante sin hacerle caso. Mirando hacia atrás pudo ver un puntito que, según se figuró, sería el caza tripulado por Shorty.

Continuará

Vergel INFANTIL



GRATITUD

Hacia tiempo que mi alma dormía: la exaltación humana con su maraña múltiple de incomprensión había cerrado los tules de mis ventanales fabulosos de primavera, poblados de ensueños empenachados de este íntimo sentir con que anda mi corazón bordando el paso con un verso que, acaso, no arrebañe la armonía precisa de lo perfecto y de lo glorioso; pero, si ostenta en la más interna de sus fibras, sangre viva de idealidad, cuya clámide frisada tiene apariencia de luna sobre las eternas rebeldías del mar. Así, también esa sensibilidad madrugadora —al esparramar su cántaro a los vientos— se hace más extensa, más jubilosa, más límpida cuando las brisas locas son pródigas, las sonrisas no tan indiferentes y la lluvia,

el sol, la tarde, la estrella, el rocío, la flor, el pájaro nos habla del brujo encantamiento que enervan otras almas hermanas de la que canta, el hallazgo de la comprensión que es fortuna y paz...

La Poesía, como hoy, como ayer, como siempre, está aquí y en el todo. La canción triste y pálida de los derrotados suena a cristal roto, pero siempre es cristal... Y ahora, la algazara inefable de los que llevan la aurora en el alma y en los ojos. ¡Oh! caminos de rosadales donde se juega el Amor y la vida con espada de luna y coraza de tréboles, sus ritmos, el influjo extraordinario del romance azul e imborrable.

Y, más que ese verso, mitad flor y mitad trino, suelto el trompo de mi íntima emoción y como antaño rodarán mis canciones: unas, se perderán en la fugacidad triste del Destino, otras... ¡las otras!... serán de la hermanita rubia o moruna que ve deshojarse los días inclinada su cabecita pensadora en el libro que la hará más grande y mejor.

Hermanito "El Colegial", conozco la espina y la cizaña porque mi corazón está lacerado y envenenado con ellas; pero, yo a ti te ofrezco rosas que no clavan y en el palpitante de mi corazón hay miel pura. Es mi alma que te canta, mi alma, solo mi alma que aletea para ofrecerte sus mejores poemas, verdad, corazón y armonía, tríptico feliz endiosado a la virtud de anhelos que son como una oración y de esta gratitud que simboliza grandeza y sinceridad.

Maryne Da Ler

EL PALADIN

RECUERDE: Francisco, conde de Valleombroso y gobernador de Sicilia, después de haber gastado la dote de su mujer Alienor, se encuentra en la ruina. Alienor, cruel y ambiciosa, induce a su marido a que atente contra la vida de su sobrina Rosmunda para arrebatarle su enorme fortuna. Francisco deja a su mujer que proceda según su parecer. Pero Giles de Crucis y su amigo Eudío, llamado el Paladín Trovador, llegan a Sicilia para proteger a Rosmunda.

CAPITULO II



1. Apenas la condesa Alienor obtuvo de su marido la autorización para proceder según su real gana, se fué a sus departamentos y llamando a su doncella le dijo: —Quiero que vayas a la cabaña junto al mar que habita el viejo Sarraceno. Dile que deseo verlo.



2. Con febril impaciencia esperó la condesa la llegada del viejo Sarraceno y apenas éste apareció en el umbral de la puerta, le dijo: —Ven conmigo a mi gabinete particular. Sé que eres un hombre instruído en las ciencias ocultas y que lees el porvenir en los astros.



3. Instalada en su sillón, la condesa prosiguió: —Deseo saber algunas cosas de mucha importancia y que me interesan grandemente. ¿Puedes leer eso en las estrellas? —Sí, señora condesa, respondió el astrólogo Sarraceno; pero os advierto que mi ciencia es limitada.



4. Entonces, mira y estudia en el cielo estrellado. Si quedo contenta, recibirás una buena recompensa y, además, mi protección. El astrólogo se acercó al balcón abierto y se puso a observar el curso de los astros. —¿Qué lees? preguntó la condesa con ansiedad.

TROVADOR



5. Las estrellas me dicen, replicó el astrólogo, que hoy día han desembarcado en Sicilia tres hombres que se ocultan porque los buscan para matarlos. —¿Qué más? ¿Escaparán? —Eso no lo dicen las estrellas, respondió el Sarraceno. —¿Qué más dicen, entonces, hombre sabio? preguntó la condesa con un gesto de impaciencia. Quiero saber...

6. ¿Puedo decirlo todo, condesa? —Sí, lo exijo. —Es algo extraño y terrible para vos, señora; creo que más vale que no lo diga. —Dímelo todo, anciano; yo no conozco el miedo. —Entonces, os lo diré. Las estrellas aseguran que vuestra existencia depende de la vida de cualquiera de esos tres hombres ocultos.



7. ¡Qué dices! exclamó Alienor poniéndose densamente pálida. —La verdad; está escrita en las estrellas y vos no podéis escapar a vuestro destino. —¡Vete, vete pájaro de mal agüero! ordenó la condesa. El anciano astrólogo hizo una reverencia y se retiró, mientras la condesa se quedaba confundida y llena de gran turbación.



8. Alienor no sabía qué hacer. Su marido había dado orden para que se buscara a Giles, al Paladín y al escudero con el fin de hacerles cortar la cabeza. Y si la predicción del astrólogo era cierta, ella moriría en seguida. ¿Cómo dar contra-orden? Su marido se enojaría con ella si llegaba a saber que la condesa trataba de salvar a Giles y sus dos compañeros.

(Continuará)



Entonces el perro dió un salto y se colocó de pie sobre sus patas traseras. Desapareció su cola; sus orejas se tornaron largas, largas, como hilos dorados; su nariz tomó un color excesivamente rojizo y sus ojos adquirieron un extraordinario brillo. En tres segundos evaporóse el perro y se presentó ante Gluck su antiguo conocido, el rey del Río de Oro.

—Gracias, le dijo el monarca. Pero no temas nada, añadió al observar en el niño inequívocas señales de horrible consternación ante la inesperada respuesta que había provocado su imprudente exclamación, que todo marchará bien. ¿Por qué no has venido tú antes en lugar de enviarme a esos dos malvados de hermanos tuyos, para causarme la molestia de tenerlos que convertir en piedras negras?

—¡Válgame Dios! dijo Gluck; pero es posible que hayáis llevado vuestra crueldad hasta ese extremo?

—¿Crueldad? dijo el enano. Han vertido en mi corriente agua que no era bendita; ¿supones por ventura que puedo consentir tamaño ultraje?

—¿Cómo! dijo el jovencito, tengo la seguridad, caballero... quie-

ro decir, Majestad, de que habían tomado de la pila bautismal de la iglesia.

—Es muy probable, replicóle el enano; y añadió con semblante serio; pero el agua que ha sido negada a los desvalidos agonizantes está maldita, aunque haya sido bendecida por todos los santos del cielo; y el agua, por el contrario, que se contiene en el vaso de la clemencia está bendita, aunque provenga de un depósito lleno de cadáveres.

Y diciendo esto, el enano, agachóse y cogió una azucena que crecía a sus pies, en cuyas blancas hojas brillaban tres gotas de cristalino rocío, y las sacudió dentro del frasco que Gluck conservaba en la mano, diciéndole:

—Arrójalo ahora al agua y desciende por la vertiente opuesta de las montañas, al Valle del Tesoro. ¡Buena suerte!

Después la figura del enano se hizo más indistinta cada vez; los colores brillantes de sus ropas

transformáronse en una niebla irisada y resplandeciente, que le veló durante unos instantes. Cuando se esfumó al poco rato esta especie de arco iris, la figura del monarca se había evaporado.

Gluck aproximóse entonces a la orilla del Río de Oro, y vió que sus aguas eran tan claras como el cristal, tan brillantes como el sol. Y cuando arrojó en su corriente las tres gotas de rocío, formóse en torno de ellas un pequeño remolino circular, por el cual descendieron las aguas produciendo un sonido melodioso.

Gluck permaneció algún tiempo contemplándolo, lleno de desilusión, porque el río, no sólo no se convirtió en oro, sino que disminuyó su caudal de una manera notable. Sin embargo, obedeciendo las órdenes de su amigo el enano, descendió por la vertiente opuesta del monte hacia el Valle del Tesoro, y al hacerlo parecióle oír rumor de agua que corría bajo sus pies. Y, cuando descubrieron sus ojos el Valle del Tesoro, vió que un río, parecido al Río de Oro, se precipitaba desde un farellón colocado encima de él y corría subdividido en innumerables arroyuelos, regando su ingrato suelo de seca arena rojiza.

Y sus ojos contemplaron atónitos que la yerba crecía lozana al lado de estas nuevas corrientes, y que la húmeda tierra se cubría de bellísimas plantas. Mil flores delicadas se abrían de repente a lo largo de las orillas del río, como brillan de pronto las estrellas cuando va obscureciendo el crepúsculo, y los bosquecillos de mirtos, y los pámpanos de vid proyectaban su sombra bienhechora sobre el suelo,



Y, cuando descubrieron sus ojos el Valle del Tesoro...

a medida que crecían. Y de esta suerte, el Valle del Tesoro convirtiéndose de nuevo en un jardín, y la heredad que la dureza de corazón perdiera, recuperóla el amor al prójimo y bondad de corazón de un niño bueno.

Y Gluck fué a habitar el valle, y los pobres jamás fueron despedidos de sus puertas con las manos vacías; y entre tanto, sus graneros se fueron llenando de preciados cereales y su casa de riqueza; de suerte que, para él, el río, según le prometiera el enano, convirtiéndose realmente en un verdadero Río de Oro.

Y los habitantes del valle muestran al forastero el lugar donde fueron arrojadas las tres gotas de rocío bendito y le señalan el curso que sigue bajo tierra el Río de Oro, hasta emerger en el Valle del Tesoro.

Y aun se ven en la parte alta de la catarata que forma el Río de Oro dos piedras negras, alrededor de las cuales gime el agua con acento lastimero cada día al ocultarse el sol detrás de las montañas.



1.—Andaluz. — Disfráz para niño que consta de pantalones y bolero de raso rojo. — El bolero lleva un galón rojo y blanco. Blusa de raso blanco. Sombrero negro, con pañuelo rojo.

2.—Ratón Mickey. — Pantalones abulonados de raso blanco y sorte de raso negro, abotonado adelante con canesú y cuellito blanco. Gorrito negro con las orejas forradas en blanco.

3.—Hongo. — Trajecito de batista blanca con moñitos rojos... Sombrero en forma de plato ovalado, de fieltro rojo con lunares aplicados blancos.

4.—Robin Hood. — Disfráz interpretado en raso de dos tonos; verde y rojo, con los pantalones ajustados y la casaca con mangas raglan. Gorrillo rojo con una pluma verde. Arco y flechas.

5.—Campesina. — Vestido de brin rojo, con aplicaciones de brin en colores formando canesú en picos y haciendo juego con la parte delantera que lleva los bolsillos aplicados rojos con unos moñitos de brin en colores.

RECETAS

Crema para rellenar

Se revuelven y se baten sobre el calor suave, 200 gramos de azúcar en polvo, una copita de vino blanco y una de jugo de naranjas. Estando tibio y muy esponjoso, sin que llegue a hervir, se retira del fuego y se le agregan 7 hojas de gelatina muy blanda ligeramente remojadas

en agua durante 10 minutos. Se mezclan bien y se añaden tres claras batidas aparte. Se deja enfriar un poco se pone en el centro de cualquier postre hecho en molde de cilindro. La misma crema se puede hacer con jugo de frutillas, con almíbar de compota con jugo de piña.

Descubrimiento de América

La fecha del nacimiento de Colón es dudosa, pues unos afirman que nació en 1450, pero por un viejo documento encontrado en Génova se sabe que nació el 30 de Octubre de 1470.

En uno de sus viajes Colón llegó a Lisboa, donde formó su hogar.

Lo que contribuía a afirmar la existencia de nuevas tierras, era que a las costas de las Islas Puerto Santo y Madera llegaban por las aguas del Océano, trozos de madera curiosamente tallados y gruesas cañas, desconocidas en Europa y en esto se basó Colón para persistir en su trabajo. Más de veinte años costó a Colón para decidirse a pedir protección a reyes y príncipes.

Juan II de Portugal sometió su proyecto a varios hombres de ciencia, los que declararon que se trataba de un loco.

En 1486 abandonó Portugal y pasó a España. Los reyes católicos escucharon a Colón y la reina Isabel dió el dinero para equipar las naves necesarias. Y éstas fueron la "Santa María", mandada por Colón, "La Pinta", que gobernaba Martín Alonso Pinzón, y "La Niña", por Vicente Yáñez Pinzón.

La expedición partió de Puerto de Palos el 3 de Octubre de 1492, y tocó tierra americana el 12 de Octubre. La isla en que desembarcó Colón y que los indios llamaban "Guanahani" él la bautizó con el nombre de San Salvador.

De regreso a España fué recibido triunfalmente por los Reyes. Cristóbal Colón realizó tres viajes más a América, en el transcurso de los cuales descubrió varias islas de las Antillas.

Empobrecido murió en Valladolid en 1496.

LUIS SANCHEZ R. (Arpe)



HISTORIA GRAFICA



185. Un año después del espantoso terremoto del 13 de Mayo de 1647, el gobernador Mujica, que con mucho tesón e ingenio había logrado levantar la ciudad de sus ruinas, murió repentinamente al final de un banquete que daba en palacio. Su muerte fué sentida sinceramente.



186. El sucesor de Mujica fué don Alonso de Figueroa. Este gobernador interino no alcanzó a hacer grandes cosas. Su acción más notable fué el envío de una expedición militar enviada para socorrer a los habitantes de Valdivia que habían sido atacados por los indios.



187. Poco después Alonso de Figueroa entregó el mando a don Antonio de Acuña. El nuevo gobernador celebró un parlamento en Boroa; pero los indios olvidándose del pacto, robaron todo el cargamento de un buque naufragado en las costas de Valdivia y mataron a los tripulantes.



188. La esposa del gobernador, doña Juana Salazar, formó con sus dos hermanos, Juan y José, una sociedad para enriquecerse a costa del país. El gobernador, manejado por doña Juana y por sus cuñados, no oía ni las quejas de los españoles ni las reclamaciones de los indios.

DE CHILE



189. El principal negocio de la "Gobernadora", como llamaban a doña Juana, era la venta de esclavos. Y para eso organizaba expediciones contra los indios a quienes hacía prisioneros y los vendía después a los colonos quienes pagaban hasta \$ 250 por cada esclavo.



190. Aprovechando, pues, el feroz crimen cometido por los indios contra la tripulación del buque naufragado, doña Juana envió una expedición para castigarlos, al mando de su hermano Juan. Pero las fuerzas expedicionarias fueron completamente destruidas por los indios.



191. Y este desastre fué el comienzo de un levantamiento general provocado por la codicia de la familia Salazar. En efecto, el 14 de Febrero de 1655 la insurrección abarcaba desde Osorno hasta el río Maule. Más de 300 españoles fueron asesinados y más de 400 estancias fueron arruinadas.



192. El otro hermano, don José, que mandaba en Nacimiento, abandonó cobardemente la ciudad y los infortunados habitantes se vieron obligados a seguirlo por el Bío-Bío embarcados en balsas. Como las mujeres y los niños entorpecían la fuga, fueron echados a tierra donde fueron víctimas de los feroces indios.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO XI

La nueva Armada

A pesar de todo, como los nuevos descubrimientos tenían hasta entonces más de científicos que de útiles, el nombre de El Cano tardó poco en desvanecerse en una España rebotante en hombres extraordinarios y en conquistas fabulosas. A El Cano le negaron el hábito de Santiago, la tenencia de las fortalezas que se levantasen en las islas de la Especiería y un mezquino socorro que solicitó para sus deudos. Se vió, pues, reducido a ser uno de tantos pretendientes como entonces seguían al Rey y a su cortejo.

Los portugueses celosos del poderío español en las islas de Oriente, suscitaron una movida controvertida sobre la situación geográfica de las Molucas, alegando que les pertenecían por estar dentro de la línea de demarcación hecha por Alejandro VI.

Para evitar dificultades y aclarar dudas se nombró una comisión formada por tres letrados, tres pilotos y tres astrónomos de cada parte. El Cano fué uno de los nombrados por parte de España; otro

fué don Fernando, el hijo de Cristóbal Colón, alma de todas aquellas juntas. Se observó desde el principio la mala fe de los portugueses, que, con discusiones inútiles, trataban de perder el tiempo señalado para fallar.

Comprendiendo el Rey que así no era posible entenderse, cortó por lo sano y se entendió con el Rey de Portugal dándole trescientos cincuenta mil ducados de oro por todos los derechos que pudiese tener sobre dichas regiones. Quedando de esta manera zanjada una cuestión en la que realmente ni el uno sabía lo que vendía ni el otro lo que compraba.

Aunque la corte de Carlos V no hacía justicia a las pretensiones del primer hombre que había dado la vuelta al mundo, comprendía, sin embargo, la trascendencia de sus descubrimientos, y para asegurarlos y para establecer una sólida base en la gananciosa contratación del clavo se autorizó la salida de una nueva expedición que fuese a fortificar las islas de Tidore y Terranate y a establecer allí una colonia que respondiese a las esperanzas que de la región de la Especiería, se habían concebido.

Apenas se enteró El Cano de la imperial concesión, dió al olvido las humillaciones y la injusticia con

que se le negaba el hábito de Santiago, concedido a muchos que no tenían ni la centésima parte de sus méritos, y sólo pensó ya en preparar bajeles para una nueva expedición, en buscar recursos para construirlos y en animar gente que los tripulasen. Abandonó la corte y pasó a Portugalete, donde dió órdenes para que se construyesen cuatro naves con la mayor celeridad posible, porque sabía que en la Coruña se estaban construyendo dos con el mismo objeto.

De Portugalete pasó a Guetaria, cuyo pueblo le recibió con aclamaciones de júbilo. Contó con naturalidad y entusiasmo a aquellos marinos las aventuras que había pasado en su viaje de circunnavegación, les puso ante los ojos las riquezas y la hermosura de las nuevas tierras y las ventajas que reportaría el conquistar su alianza y ganar su rico mercado. No tardó El Cano en captarse la simpatía de sus vecinos, que unos con su dinero y otros con su persona se le ofrecieron para la futura expedición.

Entre los que se alistaron bajo su insignia, además de dos hermanos suyos, Martín Pérez y Antón Martín, figuraba el entonces joven desconocido y más tarde gran conquistador espiritual y temporal de las islas Filipinas, Andrés de Urdaneta, que después de sobresalir por sus conocimientos de náutica y cosmografía, por su valor y por sus ingeniosos ardiles.

Una noche dijo El Cano a sus hermanos:

—Aquí tengo ya el nombramiento de capitán de mi nave Sancti Spiritus y de piloto mayor y guía de la armada. Además he consegui-

do una real orden para que a la vuelta me paguen quinientos ducados; y por si tuviese la desgracia de fallecer en el viaje, dejaré en la Coruña un poder para que puedan cobrar mis herederos.

Después salió acompañado de sus hermanos a tomar la fresca brisa de la tarde.

El hidalgo don García Jofré de Loaisa, Caballero de la Orden de San Juan, salió el 24 de Julio de 1127 del puerto de la Coruña con la nueva flota, compuesta de siete naves. Aunque El Cano era el alma de la expedición, no llevaba el mando supremo. No obstante, los muchos hidalgos no tenían a menos el seguir todas sus instrucciones, ya que era el más práctico y competente para orientar bien la expedición.

El nombre de la capitana era el de Santa María de la Victoria, por feliz coincidencia con la que había dado la vuelta al globo. El Cano mandaba la Sancti Spiritus, y a estas dos naves las seguían la Anunciada, la Santa María, San Gabriel, San Lesmes y el patache Santiago.

Después de una solemne y triunfal despedida, se dieron a la vela con buena mar y buen tiempo, llegando sin percance alguno hasta Gomera. En una reunión se acordó que en caso de dispersión de la flota, se reunirían en la bahía de Todos los Santos; esperando allí veinte días; y si aún no habían llegado todos, los que en dicha bahía se hallasen podían continuar su ruta, dejando en cualquiera de las eminencias próximas una gran cruz, y a los pies de ella una olla con una carta indicando el punto a dónde se dirigían. Las mismas observaciones debían guardarse en el Río de



"Pertrechados de agua y comida se alejaron bogando".

Santa Cruz, que desembocaba junto al Estrecho.

Las siete naves marchaban airo-
sas por la tranquila superficie del
Atlántico, sin que a los tripulan-
tes se les ocurriese pensar en los
grandes peligros anexos entonces
a tan larga expedición.

El 20 de Octubre surgieron, por
fin, en la isla de San Mateo, isla
fértil, pero de triste memoria en
los anales de entonces, porque los
indios habían asesinado allí a una
colonia portuguesa. Los explora-
dores sólo se detuvieron algunos
días para proveerse de agua, a la
vez que se entretuvieron en cazar
pájaros bobos, gallinas y otras aves.
Hicieron también gran acopio de
huevos frescos, que hallaron en las
quebradas.

Levaron anclas, y siguieron ca-
mino del Estrecho. Mas poco antes
de llegar allá se perdieron la Capi-
tana y la San Gabriel; ésta última
apareció al día siguiente, entonces
El Cano le dió orden de que fuese

en busca de la Capitana por un si-
tio, mientras él hacía lo mismo por
otro. El caso fué que las dos desa-
parecieron y El Cano se dirigió
entonces con las restantes al Río de
Santa Cruz, donde decidió esperarlas.

Temiendo los demás capitanes
que pasase la estación propicia, si
se detenían mucho allí, y que los
hielos les dificultasen la travesía
del Estrecho, solicitaron de El Ca-
no con repetidas instancias que
se fuesen pronto dejando la cruz
y en ella la olla convenida en lo al-
to de un roca. El Cano cedió a la
demanda y se dió a la vela.

Como El Cano sólo tenía de aque-
lla región las pocas noticias que
su cargo le permitió adquirir en el
primer viaje, resolvió hacer reco-
nocer ese brazo de mar y cerciorar-
se de si era o no el Estrecho. Con
este objeto ordenó que se lanzase
un esquife al agua, diciendo a su
hermano Martín:

(Continuará)



EL MARINO

CANCIONCITA PARA NIROS

MUSICA DE JAY

Canto *Tranquilo (Todos)*

1. Go-lar-do ma-ri-no Los ma-res cru-zan-do A-sí va can-
2. Mi bar-ca se me-ce De la o-lal-be-so Con dul-ce-em-be.

Piano

(Solo ad lib)

-tan-do del re-mo-al com-pás "A-zul se ha-yael cie-lo La
-le-so, con sua-ve com-pás ¡que dul-ce es la vi-da que

rall. tempo

1ª y 2ª vez. 3ª vez.

ma-es-tien-cal-ma y sien-to en el al-ma, la cal-ma del mar.
vi-ve el ma-ri-no que he-mo-so-des-ti-no es el na-ve-gar. El re-mo-al com-pás

Fin.

El puerto a lo lejos
Enciende su faro
Y me ofrece amparo
En la tempestad.

Yo vivo contento
Bogando, bogando
Y alegre cantando
Del reino al compás.



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Damián y Paulina, dos pequeñas criaturas, han sido raptados por un miserable y abandonados en una cuna flotante. Un honrado pescador los recoge. Al cabo de diez años los dos huérfanitos descubren que no son hijos de los pescadores y abandonan la cabaña para no ser una carga en la familia de sus pobres padres adoptivos. Martín, cómplice de Bernardo Donoso en el rapto, cae preso y al salir de la prisión, al cabo de diez años, descubre el paradero de los niños y ofrece devolverlos a sus verdaderos padres, don Alberto Cruz Claro y doña Inés Baltra de Cruz Claro, a cambio de una enorme suma de dinero. El miserable Martín hace la proposición por teléfono.

CAPITULO XXVI

Tras la huella de los hijos

Martín había colgado el fono, pero era sólo una comedia, porque en seguida lo tomó de nuevo y escuchó la voz desesperada de doña Inés que decía:

—¡No corte... espere... espere usted por favor...!

Una sonrisa diabólica asomó a los labios del miserable que hablaba a la distancia.

—¿Qué dice usted, don Alberto? preguntó el miserable haciendo como que no había oído bien.

—¡Díle que espere, Alberto, que te dé tiempo para reflexionar, suplicó la esposa a su marido.

Temblando de rabia contra aquel misterioso personaje que hablaba al otro extremo del hilo telefónico, don Alberto exclamó:

—¡Un momento! La suma que exige usted es demasiado elevada; tengo que reflexionar.

—Bien, señor; le doy un minuto.

Y mientras Martín, el supuesto Pedro López, esperaba la respuesta, oyó que don Alberto exclamaba:

—¡Pero, Inés querida, ese bandido nos quiere explotar de una manera miserable! ¿No comprendes todo lo que esto tiene de inaudito, de humillante? ¡Darle cincuenta mil pesos después que durante más de 10 años nos ha hecho padecer las mayores amarguras, después de habernos causado tantos sufrimientos?

—¡Alberto! suplicó Inés sollozando. ¿Qué importa el dinero con tal que recuperemos a nuestros amados y perdidos hijitos?

La voz de Martín resonó de nuevo:

—Señor, ya se ha enterado el minuto... ¿Qué decide?

—Acepto, replicó Alberto Cruz mirando el bello rostro de su esposa, pálido como el de una muerta.

Un rayo de esperanza brilló entonces en los ojos de la infortunada madre.

—¿Dónde y cuándo nos veremos? preguntó Alberto.

—¿Está usted dispuesto a hacer un viaje largo?

—A donde sea.

—Pues, entonces, trate usted de estar mañana en Navidad, a eso de

las cinco de la tarde. Puede seguir el camino que parte de San Fernando para Matanzas pasando por Peumo. Para un buen automóvil como el suyo, no será un viaje muy difícil. Yo lo esperaré a la entrada del pueblo de Navidad.

—¿Cómo lo reconoceré a usted?

—No, señor; yo seré quien reconocerá a usted. Para eso le bastará con amarrar un pañuelo al brazo. Está demás advertirle que deberá ir usted solo, de otro modo no me verá usted. He tomado todas las precauciones para no ser sorprendido. Si usted me da su palabra de caballero de que no hará nada en contra mía, le juro por mi madre, que es lo único que he respetado siempre en mi vida, que todo saldrá bien para usted. Por último, si usted intentara engañarme, lo que no espero, sus hijos correrían peligro de muerte. ¿Me da usted su palabra de caballero?

—La tiene usted.

—Eso me basta, señor. ¡Hasta mañana y presénteles mis más humildes respetos a doña Inés.

Alberto colgó el receptor sin responder.

—Al día siguiente, a eso de las cinco, Martín aguardaba a la entrada del pueblo costero, o mejor decir, del caserío que se extendía no lejos de la playa. Detrás de un cerco de zarzamora acechaba la llegada de los automovilistas, esperando divisar a Alberto Cruz con el pañuelo al brazo.

¿Acudiría a la cita el rico hacendado o se habría arrepentido? En estas cavilaciones estaba el miserable cuando oyó a lo lejos, por el camino, el ruido de un automóvil en marcha. Al llegar cerca de las cercas de zarzamoras que formaban la

entrada al caserío de Navidad, el auto aminoró la marcha y Martín pudo divisar perfectamente al hombre que iba al volante. En su brazo izquierdo se destacaba la blancura del pañuelo que debía servir como señal.

Al momento Martín abandonó su escondite y salió al camino gritando:

—¡Alto, alto!

Alberto Cruz detuvo el auto y, adivinando que aquel hombre era su misterioso corresponsal, abrió la portezuela y bajó presuroso. Se quitó los anteojos que llevaba para defenderse de la tierra y avanzó resueltamente hacia Martín.

—¿Pedro López? preguntó.

—Sí, señor. Creo que aquí podemos hablar tranquilos, a un lado del camino.

—Bien. ¿Pero dónde están esas personas que usted quedó de presentarme?

—Las verá en seguida, señor. Pero... ¿trajo usted lo convenido?

Sin hablar, Alberto Cruz sacó su billetera y pasó un fajo de billetes a su interlocutor. Este se los guardó sin contarlos. Alberto Cruz, a pesar de la indignación que sentía contra ese hombre que tan miserablemente abusaba de su posición, estaba resuelto a proseguir el asunto hasta su término con toda frialdad.

—¿Dónde están sus cómplices? preguntó.

—Perdone, usted; no son cómplices. Son unos honrados pescadores y no saben absolutamente nada de todo esto.

—¿Pero dónde están?

—Lo llevaré a usted a su propia cabaña. Ya ve que hago más de lo que le prometí.



Acepto, replicó don Alberto Cruz...

—¿Y veré a los niños?

—Desgraciadamente no podrá verlos.

—¿Por qué? preguntó Alberto Cruz sin poder disimular su enojo.

—Porque los niños abandonaron la cabaña hace cosa de tres meses.

—¿Entonces es un engaño?

—No, señor, le ruego que tenga un poco de calma. Los niños abandonaron la cabaña, pero yo sé dónde se encuentran actualmente; soy el único que lo sabe. En cuanto tenga en mi poder los otros veinticinco mil pesos y usted se convenza de que actúo de buena fe, entonces podrá usted abrazar a sus hijos.

—¿Pero por qué cometiste ese crimen, miserable? dijo de pronto Alberto Cruz, agarrando violentamente de un brazo a Martín. ¿Qué te había hecho yo a ti? ¿Qué te había hecho mi esposa para sumirla en un mar de sufrimiento y desesperación?

—¡Déjeme usted! exclamó Martín inquieto. Le prevengo que estoy armado y... además yo soy el único que sabe dónde están sus hijos y el único que puede devolvérselos, señor...

Y haciendo un esfuerzo, Martín logró zafarse de las manos de don Alberto Cruz.

—Pero responde, ¿por qué hiciste eso? ¿Por qué me robaste mis hijos?

—No fui yo quien preparó el golpe.

—¿Quién fué, entonces? Díme su nombre...

—¿Qué puede importarle ahora? Además, ese hombre murió...

—¿Mientes!

—Señor, parecé que se deja arrebatar por su enojo. No era esto lo que habíamos convenido... tengo su palabra de caballero...

—Pero yo quiero saber el nombre del miserable...

—Ante todo, señor, vamos a la cabaña y allá sabrá muchos detalles. Los buenos y honrados pescadores le explicarán. Usted bajará y yo le esperaré en el auto.

—Bien. Vamos.

Los dos subieron al automóvil y éste partió metiéndose por una calleja que indicó Martín. Pronto quedó al descubierto la cabaña de Galleguillo. Alberto Cruz iba pensando en que sin duda el hombre que iba a su lado no había sido sino cómplice del verdadero criminal. ¿Quién sería éste? Su nombre le daría tal vez la clave del misterioso drama ocurrido diez años antes.

El auto se detuvo delante de la cabaña. El sol se estaba entrando en el mar y las primeras sombras crepusculares, teñidas de un color rosado, últimos destellos del sol poniente, caían sobre la cabaña. Don Alberto bajó de un salto y se acercó a llamar a la puerta. La buena mamá Catalina apareció en el umbral, muy sorprendida de ver allí un automóvil detenido. Había visto muchos autos, pero siempre pasaban de largo por el camino costero. ¿Quién sería ese caballero?

—¿Qué se le ofrece, caballero? preguntó con su natural bondad.

—Disculpe, señora, pero vengo por un asunto muy serio... se trata de los niños recogidos por ustedes...

A estas palabras, Catalina se volvió hacia el interior de la cabaña y le gritó a su marido:

—¡Oye, Francisco! ¡Ven, un caballero viene a darnos noticias de Paulina y de Damián!

Francisco Galleguillo acudió presuroso y al ver al elegante personaje que llegaba de visita, dijo:

—Pase usted, caballero y perdone la pobreza.

Alberto Cruz entró en la cabaña y dijo:

—Soy yo quien les pide disculpas por molestarlos. Yo creí que estarían ustedes avisados de mi visita.

—¿Por quién, caballero? preguntó Catalina.

—Por... por un hombre llamado Pedro López que andaba buscando a los niños perdidos...

—¡Ah, sí, el agente de investigaciones!

—¿Agente de investigaciones? ¡Vaya con el bribón! exclamó Alberto. Ese hombre fué quien los raptó y ahora ha prometido devolvérmelos mediante el pago de una gruesa suma de dinero...

—¡Diablo! exclamó entonces el buen pescador muy sorprendido. ¿Quién lo hubiese sabido! Entonces ese hombre nos ha engañado y se ha burlado de nosotros...

(Continuará)



Lectores unan con una línea continua los puntos por orden de numeración.

Habrà suerte más mala que la mía, a 80 Kms. del pueblo se me descompone el motor y me encuentro que no puedo arreglarlo por faltarme una...



¿QUIEN RAPTO

CAPITULO XXVI



1. Soames y su compañero montaron a caballo y salieron del pueblo a galope tendido; pero ninguno de los dos se dió cuenta de que eran seguidos de cerca por Jeff Warren.



2. Al llegar a una estrecha y profunda garganta de la montaña, los dos bandidos se detuvieron. Jeff Warren, oculto entre las alturas de unas rocas, vigilaba sus movimientos.



3. Soames y Salty desmontaron de sus cabalgaduras y Soames dijo a Salty: —Démonos prisa; nuestros amigos deben estar esperándonos. Es mejor que hagas la señal convenida...



4. Warren bajó de las rocas y se acercó cautelosamente hacia el sitio donde los dos bribones habían desmontado. Pero los hombres fugitivos habían desaparecido de repente.



5. El joven estaba pensando en que tal vez los pájaros habían volado, cuando con gran sorpresa vió que descendía desde arriba algo que le pareció al principio una culebra.



6. Pero, en seguida, vió que se trataba sencillamente del extremo de una escala de cuerda. Al mismo tiempo vió las piernas de un hombre que descendía con mucha rapidez.

A HENSON?



7. Oculto detrás de una roca, Jeff Warren reconoció al que bajaba: era Salty, el compañero de Soames. Rápidamente el joven cowboy pensó lo que debía hacer en esas circunstancias.



8. Dejó que el hombre tocara tierra y, de improviso, Jeff salió de su escondite y se precipitó sobre Salty aplicándole un terrible puñetazo en pleno mentón. Salty cayó derribado.



9. Aprovechando el aturdimiento de su adversario, Jeff lo amarró sólidamente y le puso una mordaza. En seguida lo arrastró hasta un matorral, donde lo dejó escondido.



10. Jeff comprendió que allá arriba, en esas alturas inaccesibles tenían la guarida los bandidos. Y sin vacilar, el joven cowboy empezó a trepar por la escalera de cuerda.



11. Efectivamente, allí estaba la guarida y allí estaban también prisioneros el viejo Bill Henson y su hija Carol. La joven había conseguido frotar sus amarras contra el filo del muro.



12. Y el resultado de aquel penoso trabajo fué que las amarras se cortaron y Carol Henson quedó libre. En el acto se acercó a su padre y empezó a desatarle las sólidas ligaduras.

(Continuará)



Apenas tenía ya fuerzas para seguir volando. Por fin llegó a la montaña.

—¡Cae una granizada espantosa! exclamó al entrar. Nunca me ví en un tiempo igual.

—Aun lo bueno empalaga por su abundancia, contestó el ogro.

Luego ella le dió cuenta de que Juan había adivinado por segunda vez y que si volvía a acertar a la mañana siguiente, ella ya no podría volver a la montaña. Tampoco le sería posible continuar sus brujerías, y eso le daba mucha pena.

—Ten la certeza de que mañana no adivinará, contestó el ogro. Pensaré algo que no se le pueda ocurrir, por muy listo que sea. Pero antes divirtámonos un poco.

Cogió a la Princesa por ambas manos y empezaron a bailar por la sala, en unión de los elfos y de las moscas de fuego. Las arañas rojas corrían alegremente por las paredes y las flores de fuego parecían despedir chispas. Los buhos repicaban sus tambores, chirriaban los

grillos y los saltamontes tocaban las arpas. Fué un baile muy alegre.

Después de bailar un rato, la princesa dijo que tenía precisión de marcharse, para que en palacio no la echaran de menos. El ogro se ofreció a acompañarla. Ambos salieron volando en medio de la tempestad y el compañero de viaje no cesaba de darles palos con las tres varas que empuñaba. El ogro nunca había sufrido una granizada como aquélla. Ante el palacio, se despidió de la princesa y luego murmuró a su oído:

—Piensa en mi cabeza.

Pero el compañero de viaje lo oyó, y cuando la joven hubo entrado por la ventana a su dormitorio y el ogro se volvía para emprender el vuelo de regreso, el compañero de viaje lo agarró por su barba negra y antes de que el ogro tuviese tiempo y oportunidad de darse cuenta de lo que sucedía, empuñando el sable, le cortó la cabeza en redondo. Arrojó el cuerpo al mar paque fuese pasto de los peces, lavó la cabeza en el agua, la envolvió en un pañuelo de seda, y regresando a la posada, se acostó.

A la mañana siguiente dió el envoltorio a Juan recomendándole que no lo deshiciese más que en presencia de la princesa, en el momento en que ella le preguntase en qué pensaba.

En la sala del trono había mucha gente a la mañana siguiente. Los jueces estaban ya sentados en sus sillones, y apoyaban las cabezas en los blancos almohadones; el anciano rey se había puesto un traje nuevo, y como hizo limpiar y pulimentar la corona y el cetro, tenía aspecto propio de un día de fiesta. En cambio, la princesa estaba palidísima y vestía de negro, como si estuviese de luto.

—¿En qué pienso?, preguntó a Juan.

El se apresuró a deshacer el envoltorio y fué el primero en asustarse al ver la horrible cabeza del ogro. Todos los presentes sintieron un estremecimiento de pavor, y la princesa, por su parte, parecía haberse convertido en una estatua de piedra. No hizo el menor movimiento ni pronunció una sola palabra. Por último, se puso de pie y dió su mano a Juan, puesto que había contestado acertadamente a todas las preguntas. Pero no miraba a derecha ni a izquierda, sino que se limitó a suspirar, y dijo:

—Eres ya mi señor. Nuestra boda se celebrará esta misma noche.

—Estoy conforme, exclamó el anciano rey. Me parece muy bien.

Todos empezaron a lanzar vivas y la banda de música de los guardias rompió a tocar por las calles. Repicaban las campanas de la ciudad y los vendedores de pasteles se apresuraron a quitar las corbata de gasa negra que llevaban los

cerditos de azúcar, porque ahora ya era ocasión de regocijarse. En la plaza del mercado se asaron tres bueyes enteros, rellenos de pollos y patos, y cuando ya estuvieron cocidos todo el que quería podía cortar un pedazo, a su elección. Las fuentes manaban vino en vez de agua y todo aquel que compraba un panecillo de diez céntimos, recibía como regalo seis pasteles rellenos de ciruela.

Por la noche hubo iluminaciones en toda la ciudad. Los soldados disparaban salvas y los muchachos fuegos artificiales. En palacio no se hacía más que comer, beber, asar, guisar y bailar. Los grandes señores bailaban con las hermosas damas y la música se oía por todas partes.

Pero la princesa aun seguía embrujada y no experimentaba ni siquiera simpatía por Juan. El compañero de viaje del joven lo sabía y dió a su amigo tres plumas de cisne y una botellita que contenía unas gotas de líquido.

Recomendó a Juan que hiciese preparar un baño de agua tibia y que cuando la princesa se dispusiera a acostarse, él la echase al baño de un empujón. Luego había de sumergirla tres veces en el agua, no sin antes haber arrojado a ésta las tres plumas y las gotas del líquido misterioso. Así la princesa quedaría libre de su embrujamiento y le querría con pasión.

Juan cumplió exactamente estas instrucciones. La princesa empezó a gritar al verse arrojada al baño y luchó con todo su vigor, primero en forma de cisne negro, de resplandecientes ojos. A la segunda inmersión salió en forma de cisne



El se apresuró a deshacer el envoltorio.

blanco, con un círculo negro en el cuello. Juan rezó humildemente y al salir la princesa del agua, por tercera vez, lo hizo en su forma humana y más hermosa que nunca. Dió las gracias a Juan con lágrimas en los ojos, por haberla librado del embrujamiento que la tenía aprisionada.

A la mañana siguiente compareció el anciano rey, seguido de todos sus cortesanos, con objeto de felicitar a los recién casados, y éstos, durante todo el día, no pudieron hacer otra cosa que recibir parabienes de todo el mundo. El último en visitarles fué el compañero de viaje de Juan. Compareció ya dispuesto a emprender la marcha, con la mochila al hombro y empuñando su bastón. Juan le dió repetidos abrazos y le rogó que perma-

neciese siempre a su lado. Pero el compañero de viaje meenó la cabeza y dijo cariñosamente:

—No. Ha terminado ya mi tiempo en la tierra. Solamente vine a pagar mi deuda. ¿Te acuerdas del muerto que protegiste de las malas intenciones de aquel par de malvados? Diste cuanto poseías para que el desdichado reposara en paz en su ataúd. Yo soy aquel muerto.

Y dichas estas palabras desapareció.

Las fiestas nupciales duraron un mes entero.

El anciano rey vivió feliz muchos años rodeado de sus nietos y más tarde Juan fué el rey de aquel país.

PASATIEMPOS

El Grillo, por Briosen



- 1.— Ave.
- 2.— Flor.
- 3.— Nombre femenino.
- 4.— Nombre masculino.
- 5.— Ave.
- 6.— Nombre masculino.

Mickey Rooney, por Cheche



Este gran artista va a visitar a cinco colaboradores de "El Colegial"



Jeroglífico, por Arpe



Jeroglífico, por Briosen

SOLUCIONES DE LA SECCION
PASATIEMPOS
DEL N.º 23

Mi patito, POR MIRTYS, Elena — Perro
— Aja — Te — Oro.
Cabeza de Can, por PESA: 1 Elsa — 2
Luis — 3 Colombia — 4 Oro — 5 Lucero —
6 Ernesto — 7 Gotero — 8 Imael — 9 Alicia
— 10 Luisa.

Charada, por TIO ATILIO, Caritativa.

Jeroglífico, por CHECHE, Zapatilla.

Jeroglífico, por BRISEN. — La piedad
está en el Corazón.



Charada ilustrada, por Nino.

Amanecen en la costa



1. Cuando llegó la mañana, después de muchas fatigas, vieron la costa lejana llena de algo como hormigas.



2. Mas pronto se convencieron de su error de apreciación, langostas es lo que vieron llegar al hidroavión.



3. Viraron hacia la costa, que era lo más conveniente, y una señora langosta, les recibió sonriente.



4. Sorberientos, que empezaba a arreglar el aparato, vió que Pepito marchaba para descansar un rato.



5. Doña Langosta les dijo: — como sois chicos muy finos, os suplico, no os exijo, respeto a los langostinos.



6. Y caminando despacio, sin abandonar la costa, pronto llegan al palacio que ocupa doña Langosta.

de la isla de la langosta



7. Una roca muy bonita, que está muy bien adornada, muy curiosa y limpiecita, y bien acondicionada.



8. Varios cangrejos, percebes, gambas, quisquillos, sirven de desayunar, unas sabrosas rosquillas.



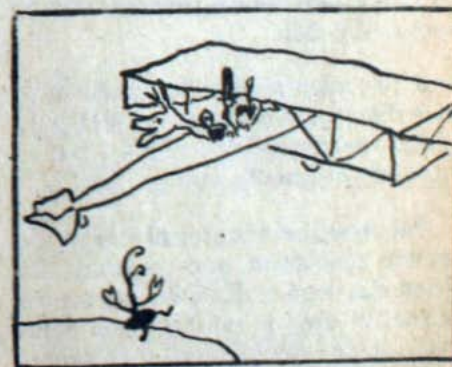
9. Sorbевientos se presenta y dice con alegría, que pueden pedir la cuenta, pues reparó la avería.



10. Cogiditos de la mano, (doña Langosta delante), marchan hacia el hidroavión, que trepida jadeante.



11. Pero Chochl no aparece, aunque todos le llaman a voces. Mientras la impaciencia crece, sale a buscarle don Coces.



12. Sin él tienen que partir, pues tienen poca bencina y no hay sitios donde ir a buscar más gasolina.

CRISTÓBAL COLÓN

HARÁN

1492-1942

Cristóbal Colón, célebre navegante nacido en Génova hacia 1436 y muerto en Valladolid en 1506.

Persuadido de la redondez de la tierra alentó el propósito de ir a las Indias cruzando el Atlántico.

No hallando apoyo en el rey de Portugal, a quien sometió el proyecto, pasó a España, y bajo la protección de los Reyes Católicos, pudo realizar su dorado sueño.

El Viernes 3 de Agosto de 1492, partieron del puerto de Palos de Moguer las tres naves: La Santa María, la Pinta y la Niña, a las que vió perderse a lo lejos la muchedumbre que acudiera a despedir a su deudos y amigos, y quedando embargada de inquietud por el resultado de aquella misteriosa y temeraria empresa, respecto de la cual los más auguraban el desastre, considerando una quimera el proyecto de Colón.

A los setenta días de navegación atrevida y azarosa, en vez del país índico, encontró las Antillas, y después el continente americano.

Tal descubrimiento, el hecho de mayor magnitud que registra la Historia, legó a España un nuevo mundo y vino a cambiar por completo la faz del planeta y el aspecto de la civilización universal.

Harán



EL SOPLETE MUSICAL



La mamá había encargado a Totita que encendiera el fuego de la chimenea para calentar la habitación. La chica, que es muy obediente se puso al trabajo; pero por más que soplabla y resoplaba, la llama no pegaba en el carbón. Pero de pronto se acordó Totita de la bicicleta del papá y corrió a sacar la bocina. Volvió con ella y apretando la pera de goma empezó a soplar el fuego y tocar una especie de polka hasta que brotó una magnífica llama. Totita inventó así el "sopleto musical".

EL COLUMPIO



—Tito, yo quisiera columplarme, exclamó apenada la pequeña Chita porque no había con qué hacer un columpio. Pero Tito es un niño de muchas ideas.—No tenemos cordel, Chitita, dijo, pero con este tablón y estas dos horquetas formaremos un asiento confortable y colgado de la rama saliente de un árbol quedará convertido en un magnífico columpio.—¡Eres el hermano más maravilloso que conozco!, exclamó Chitita.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
5 " " " 100
10 " " " 50
Cortes de género.
Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de futbol.

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas..
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140



ADVERTENCIA GENERAL.

—Pedimos a los numerosos lectores de provincias que remiten a Santiago los cupones para el canje del próximo sorteo de Navidad, se sirvan cuidar la dirección que venga completa y el franqueo correspondiente, y si es posible enviar el sobre listo para la devolución de los respectivos boletos.

Chief.— Aceptado como colaborador e incorporado a la "Academia de Colaboradores de "El Co-gial". Su cuento lo verá publicado en breve.

Adria.— Buenos sus dibujos. Aceptada también en la "Academia de Colaboradores" de esta revista.

Arpe.— Como siempre muy buenos sus dibujos. Se los agradecemos. Simpático su cuentecito. Pronto se publicará.

Ciro.— Hermosas las ilustraciones que hizo para el cuento "El rescate de la Emperatriz". Gracias.

Briosen.— Las adivinanzas a que se refiere las dejaremos para más adelante, pues ahora estamos publicando los muchos jeroglíficos que tan gentilmente nos han remitido nuestros colaboradores. Bonitos sus versos.

Wetton.— Agradecemos sus felicitaciones por las seriales que publica "El Colegial" y le aceptamos entre nuestros colaboradores. Bueno su dibujo.

Harán.— Aceptado su hermano con el seudónimo de Karamú. Gracias por sus felicitaciones.

EL SECRETARIO

PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS N.º 23

Se dieron premios de dibujo:
\$ 5 a MIRTYS, por el dibujo, MI Patito;
y \$ 5 a PENA, por su Cabeza de Can.

Entre los solucionistas exactos se sortearon cuatro premios, correspondiendo \$ 5, a René Corvalán, Mapocho 4617, Santiago.—
\$ 5 a Nena González K. de San Fernando.—
\$ 5 a Ernestina Reyes, San Felipe; y \$ 5 a Emilio Troncoso, Lineoyán 210, Concepción.

Los favorecidos pueden pasar por sus premios a Librería "CLARET", 10 de Julio 1140, los días Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Los de Provincia deben reclamarlos por carta al Director de "EL COLEGIAL", Casilla 6562, Santiago.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE
CONCURSO.

CUPON N.º 15

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGUANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION.

Oficinas Díez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para
que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Oc-
tubre, por un año, se les regalará la
colección desde el primer número.

EL SAUCO DEL DIABLO,
SAUCO CIMARRON
PSEUDOPANAX LAETEVIRENS GAY.

Familia: Araliaceas.



Viajando por el sur de Chile, se divisan a ambos lados de los lagos copas de árboles de un verde claro, embutidas en el verde obscuro del follaje de nuestros árboles forestales. Es el Saucu del diablo quién acompaña a las riberas de aquellas hojas lacustres e hidrográficas.

Se designa por cimarrón a las plantas que han huido del cuidado del hombre habiéndose hecho silvestre, o las plantas que se asemejan a otras que prestan alguna utilidad al hombre.

Es el saucu un arbolito elegante, de unos 4-5 de altura, de corteza cenicienta. Las hojas largamente pecioladas presentan un peciolo dilatado en la base.

Las flores pequeñas y polígamas están reunidas en umbelas, agrupadas en racimos, y éstos a su vez forman panículos. El fruto es de un azul intenso.

Abunda desde la provincia de Maule hasta el Estrecho de Magallanes, en matorrales y bosques húmedos. Florece en Diciembre y Enero.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

LYCOMYA GERMAINI BIGOT

Esta hermosa mosca de la familia de los Asilidos, es común en el sur de Chile, también se le encuentra en las provincias del norte pero mucho menos abundante, es notable por sus costumbres biológicas ya que atrapa a otros insectos y se los devora sin compasión alguna, su vida la pasa siempre en acecho, parada sobre las hojas de las plantas, apenas se presenta alguna víctima con una velocidad que asombra la atrapa. Esta mosca imita perfectamente el color y la forma de un Himenóptero chileno o sea al *Thynno dimidiatu* Guer. Aquí entran a funcionar dos individuos de distintos órdenes. El Díptero no dispone de otra arma que su robusto chupón o pico con el cual extrae las vísceras a su víctima; en este caso el *Thynnus* que no tiene medio alguno para defenderse, se alimenta del néctar de las flores. La mosca imita el color y la forma de este Himenóptero, de tal manera que al verlos volar juntos, el más experto entomólogo no sabría decir cuál es el Díptero y cuál el himenóptero. Es este un caso por demás interesante de mimetismo entre los insectos, pues, no es fácil decir, a ciencia cierta, cuál es el imitador; si fuera el *Thynnido* el que imita al Díptero, habría sufrido éste una equivocación muy grande, ya que no habría hecho otra cosa que cubrirse con el vestido de su más feroz enemigo. Es de creer entonces, que el coplador es el Díptero, no para fines defensivos sino ofensivos, puesto que aprovecha confundirse con individuos de una especie que devora.



ANGELINA Y LOS MELLIZOS



1. Estas dos tortas son para la hora del té, dijo Angelina a los mellizos. ¡Mucho cuidado con venir a sacar un pedazo antes de la hora! Pero los mellizos querían comer.



2. Y cuando Angelina llevaba las tortas para el repostero, Quico y Caco pasaron el mango del escobillón por el lazo del delantal de la hacendosa muchacha.



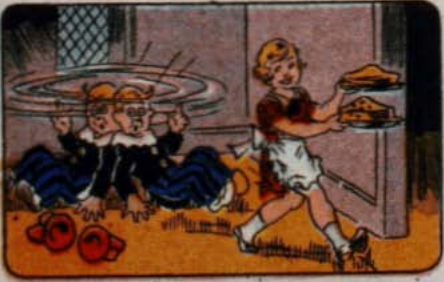
3. Al ser atajada bruscamente en la puerta por el mango del escobillón, las tortas salieron disparadas por encima de su cabeza, con gran contento de los mellizos.



4. ¡Muchas gracias, Angelina! dijeron los pícaros muchachos recibiendo en sus manos las dos tortas exquisitas. Pero juntamente con las tortas, volaron también...



5. ...Las dos pesadas fuentes que fueron a caer matemáticamente sobre la cabeza de Quico y Caco, los cuales, lanzando un grito, soltaron las dos tortas famosas...



6. Y de este modo, Angelina pudo llevar las tortas a guardar, mientras Quico y Caco permanecían en el suelo, sintiendo que el mundo daba vueltas a su alrededor.